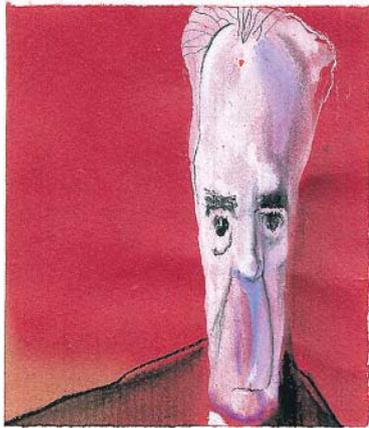


LIBROS / Crónicas, Poesía, Historia, Narrativa, Ensayo y Biografía

Camba por todas partes

Por Javier Goñi

CRÓNICAS. HACE UN SIGLO entró en *Abc* como corresponsal-cronista desde Alemania. Su primer artículo, en el diario conservador, antológico (y además está antologizado en *Maneras de ser periodista*), lleva por título, a modo de presentación, 'Mi nombre es Camba'. Su nombre a lo Bond, James Bond, es, el 8 de octubre de 1913, Camba, Julio Camba. Aunque se pueda creer que Camba siempre escribió en *Abc*, lo cierto es que también lo hizo en *El País* y en *El Mundo*, de otros tiempos, y en *El Sol*, *La Tribuna*, y, además, primero, en la prensa anarquista, porque fue niño-anarquista. Gallego desde sus inicios, se escapó a Buenos Aires y trasteó allí en medios libertarios. Y lo regresaron, las autoridades argentinas, para la casa paterna, pues seguía siendo menor de edad: a comienzos del siglo XX se crecía más despacio, o más deprisa, según. Como aconsejaba Baroja, se vino a Madrid a ponerse a la cola (literaria), a escribir en los diarios. Fue amigo, y quién no, de Mateo Morral, el anarquista inoportuno con el sangriento regalo nupcial y real. Hasta fue sospechoso Camba del frustra-



Julio Camba visto por Sciammarella.

do magnicidio: al parecer, sí, se coló Morral dentro del cordón de seguridad con la credencial periodística de Camba. No consta su complicidad, sí quizás su descuido. A Camba, según Cansinos-Assens, le iba el anarquismo, odiaba a los burgueses, pero se perdía por "los bisteces gordos y las mujeres finas" (con la edad se van dejando "los bisteces gordos"). Llegó a ser el periodista mejor pagado de la época. De creerle, en la recopilación de artículos emboscados en lo más sombrío de las hemerotecas, que ha preparado el profesor Fuster, y que trata de sus maneras de ser periodista, el oficio, aunque con beneficio, le tenía más que amarrado, y amarrado, como cautivo en galeras, él había nacido para el ocio, para no hacer nada y se le venía encima, como una losa, la tarea de escribir diariamente, el artículo, uno o varios, de marras; pero hasta para quejarse se le ve el (de)jar oficio.

Su ilusión era poder dejar de escribir, nos lo recuerda Felipe Benítez. Fue corresponsal en Constantinopla, que ya es destino exótico para un periodista español (y desde Constantinopla empiezan estas estrepitosas *Crónicas de viaje*, el último libro suyo en llegar a las novedades y que ha compuesto, o re-, el profesor Fuster), pero acabó mudando de diario y de destino, París, primero, luego Londres, después Berlín. En los años treinta, iba varias veces a Nueva York (se alojó en el hotel Pennsylvania; y quién no). La República (española) le gustó poco, no es eso, no es eso, movía la cabeza con prudencia, pues padeció siempre de vértigos, y era pruden-

te, de los de estirpe barrojiana. Viajaba, observaba, anotaba y enviaba crónicas a los diarios. La posguerra le cogió mayor y escéptico (de todo, y de todo y de nada, y también del oficio). Ayudas (económicas: a saber a cómo se había puesto ya el bistec gordo desde cuando se lo veía comer Cansinos) de amigos no le faltaron nunca. Y leyendas que le acompañaban como una piedra de riñón. Igual que había vivido, de hotel, en Lisboa, en el Avenida Palace, lo hizo desde 1949, hasta su muerte en 1962, ha hecho 50 años hace poco, en la habitación 383 del Palace de Madrid. Dice la leyenda, la piedra de riñón, que financiado por un célebre financiero español.

En fin, aunque Pedro Ignacio López García escribe que no es fácil hacer una biografía de Camba, él la hizo (*Julio Camba. El solitario del Palace*, Espasa, 2003) y si el lector atento la encuentra todavía bien podrá completar su curiosidad, que Camba da para mucho. Uno se contenta, ahora, con dar fe de haber (re)leído aquellas impagables crónicas londinenses y berlinesas (e incluso muniquesas: me gustan más, tan regadas con cerveza), puestas de nuevo en circulación, junto a dos libros *ad hoc*: el curioso, estimable y (también) desigual *Caricaturas y retratos*, y el igualmente construido con material de hemeroteca, *Maneras de ser periodista*. Además de sus impagables (o no: fue un periodista muy bien pagado: no sé si el más) crónicas de viaje: ciudades, gentes, tipos. De sus *Caricaturas y retratos* me parecen más interesantes los perfiles literarios que hace Camba de escritores que ha conocido y tratado: a algunos los despedaza literaria y literalmente. Cómo no preferir el retrato, a degüello o no, que hace de Baroja o de Sawa, que el de Máximo Gorki, por ejemplo. En estos perfiles, en las crónicas hay mucho humor (menos por cierto del que recordaba de viejas lecturas en aquellos *australes*), también viveza y acertado rasgueo. Son crónicas—algunas superadas, cien años después; otras se sostienen estu-

pendamente— en las que ese gallego errante, que viajó tanto, escribió tanto a su pesar en papel prensa y al que tan mal se le daban los idiomas (hay páginas memorables sobre la imposibilidad de hacerse con el alemán, y eso que veía ventajosamente que con dos palabras de veintitantas sílabas ya se le llenara media crónica: por cierto, Augusto Assía decía que el inglés se le daba peor que el francés, y sobre el alemán de Camba no se pronunciaba), intentaba contar lo que veía a su alrededor, para un lector español menos viajado, desde luego, muchas veces con el método del viejo chiste de comparar a un francés, a un alemán y a un inglés, con un español. No hace falta decir quién quedaba más perjudicado. Y es que si Camba tuvo problemas con las autoridades inglesas y alemanas —no gustaban algunas chanzas—, lo que no se explica bien es cómo no los tuviera con las españolas; también puede ser que estas no leyeran. Aunque Camba no dejó nunca de escribir en diarios, por sí acaso. Amarrado como un galeote de la pluma. Acaso el mejor. O uno de los mejores. •

Julio Camba. Londres. Reino de Cordelia. Madrid, 2012. 341 páginas. Alemania. Renacimiento. Sevilla, 2012. 242 páginas. *Caricaturas y retratos*. Fórcola. Madrid, 2013. 185 páginas. *Maneras de ser periodista*. Libros del K.O. Madrid, 2013. 104 páginas. *Crónicas de viaje*. Fórcola. Madrid, 2014. 362 páginas. Todos en edición de Francisco Fuster. *Sobre casi todo*. Renacimiento. Sevilla, 2013. 167 páginas. *Sobre casi nada*. Renacimiento. Sevilla, 2013. 157 páginas.



La novela de la poesía (poesía reunida)

Tamara Kamenszain
Adriana Hidalgo. Buenos Aires, 2013
398 páginas. 19 euros

POESÍA. EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, los más significativos poetas argentinos nacidos entre finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta han publicado su poesía reunida: primero fue, ya póstumo, Néstor Perlongher; más recientemente, Diana Bellesi, Mirta Rosenberg y Jorge Aulicino; ahora Tamara Kamenszain (Buenos Aires, 1949), y se anuncian las de Arturo Carrera y Daniel Samoilovich. Coincidencia extraordinariamente interesante, pues se configura así el espectro de una generación que se hibridó en la convergencia de tradiciones y lecturas diversas, y de una experiencia histórica y política de gran complejidad. La línea divisoria es la adhesión de buena parte de ellos al neobarroco: exaltado de lenguaje doméstico —y por ello, de un fuerte imaginario social, lo que él denominó *neobarroco*— en Pelongher; abierto a una codificación muy original del posestructuralismo francés en Carrera; subrayando la posición femenina y las tramas familiares en Kamenszain: "Se interna sigilosa la sujeta / en su revés, y una ficción fabrica / cuando se sueña. Diurna, de memoria / si narra esa película la dobla / al viejo idioma original". Son versos de *La casa grande* (1986), libro escrito, en parte, en México, durante la última fase de la dictadura argentina, y una de las obras indispensables del neobarroco americano. Está ahí el haz de la filiación que se hace visible (audible) en ese "viejo idioma original", evocación de la lengua (individual) del sueño, pero también del yidish hablado por los padres. Como señala Enrique Foffani en su exhaustivo prólogo, Kamenszain tiene la habilidad de "trabajar con los materiales extraídos de los episodios de la autobiografía (...) y no volverse nunca confesional, refractar el patetismo...". Como Alejandra Pizarnik (acerca de cuya obra Kamenszain ha escrito ensayos ineludibles), es hija de judíos inmigrantes, de modo que su poesía es a la vez el festejo del nacer a la lengua, y la nostalgia de un habla de origen, inalcanzable y doblemente perdida, para sí misma y para la historia: los poemas de *El Ghetto* (2003) construyen un luminoso recorrido por esa pertenencia inesbtable, un *kadish* al margen de todo rito canónico y por eso mismo más cargado de significado. De modo semejante, en *Tango Bar* (1998) Buenos Aires es objeto de amor y de odio, de una adecuación siempre problemática que se interroga a sí misma en el poema. El verso de Kamenszain, que en el período neobarroco se anuda en las rimas internas y la cadencia endecasílabas ("Nombra la enfermedad de los abuelos / ... / Rídiculo se empacha de temores / por el seno engomado de la sonda..."), va haciéndose más fluido desde los años noventa, hasta llegar a *El eco de mi madre* (2010). Réquiem por la madre muerta, este libro, breve e intenso, es a la vez un registro hospitalario, testimonio de quien acompaña hasta el umbral de la desaparición, y oración en la que se llora y se ríe a la vez, como forma de arañar los jirones de emoción. El último capítulo de esta poesía completa, inédito hasta ahora, se denomina precisamente *La novela de la poesía*: "¿Ya hablé de la muerte? / Murió mi hermano / murieron mis padres / murió el padre de mis hijos / tantos amigos murieron...". Este rondar la muerte, esta escritura perpleja, pensante, traza el círculo de la *novela* no escrita, evocada en su fuga, en la estela de aquello que no se sabe y a lo que, sin embargo, el poema responde. *La novela de la poesía* fue premiado como el mejor libro de 2012 durante la Feria del Libro de Buenos Aires. **Edgardo Dobry**

Las armas y el oro. Palancas de la guerra, mitos del franquismo

Ángel Viñas
Pasado y Presente. Barcelona, 2013
502 páginas. 26 euros

HISTORIA. A LO LARGO DE casi cuarenta años, a partir de *El oro español en la guerra civil*, de 1976, la trayectoria del historiador y economista Ángel Viñas (Madrid, 1941) ha cobrado el aspecto de aquellos asaltos en círculo de los jinetes indios a las caravanas en el Far West, con una sucesión de giros interminables, dirigidos a acabar con la resistencia de los defensores. Una y otra vez la Guerra Civil, y a su lado las deformaciones de la historiografía franquista sobre el período, constituyen el objeto de esa estrategia. La diferencia reside en que con toda probabilidad el acierto al disparar desde el caballo de los guerreros indios debía ser escaso, como suele serlo el trabajo de los historiadores obsesionados por las polémicas. Solo que en el caso de Viñas la insistencia en el área temática de la guerra no solo se debe a su vocación polémica, que está siempre ahí en su escritura, sino a su condición de investigador exhaustivo, siempre en búsqueda de nuevas fuentes que permitan profundizar en el nivel de conocimiento de sus libros anteriores o completarlo.

Como alguna vez he señalado, creo que a propósito de *La conspiración del general Franco*, publicado por la editorial Crítica en 2011, las obras de Viñas adquieren la forma de minuciosos informes policiales. En cuanto a su figura, volviendo al Oeste, sería una especie de Wyatt Earp con cuello de pajarita, persiguiendo incansablemente a los Clanton filofranquistas a golpe de documentos de archivo.

De los cuatro mitos refutados en *Las armas y el oro*, el relato más divertido



concerne al malaventurado intento del franquismo de utilizar la entrega de documentos de Juan Negrín sobre el oro de Moscú para sostener una propaganda disparatada sobre la supuesta apropiación por la URSS de los fondos depositados —y gastados en suministros— de la República durante la Guerra Civil. Del varapalo tampoco se libran historiadores como su amigo Martín Aceña, defensores de tesis sobre una entrega del oro a Moscú que juzgan "extravagante".

Más discutible en el fondo es su análisis del golpe de Casado, su génesis y sus consecuencias, no por lo que toca al espléndido tratamiento de los datos políticos y militares, sino al no ponderar el juicio reconociendo la extrema desmoralización imperante entre medios militares y civiles en la zona centro tras la caída de Barcelona. Más allá de Negrín y del PCE, "partido de la guerra", mi impresión, y subrayo mi impresión, es que nadie daba ya una perra gorda por la supervivencia de la República. Otra cosa es que el golpe de Casado fuera una catástrofe en sí mismo, la peor solución.

Tanto el capítulo sobre las ayudas proporcionadas a ambos sectores por Hitler, Mussolini y Stalin como el relativo a las dificultades de Franco para obtener financiación exterior, se encuentran respaldados por una espectacular aportación documental de base tanto cualitativa como cuantitativa. En el recorrido, de paso van cayendo los forjadores de mitos legitimadores del franquismo. **Antonio Elorza**